

¿Para qué?

Hacia seis años que era maestra en aquel pueblecillo de casas bajas y sucias. Los seis restantes de los doce que tenía de enseñar, los pasó en otros caserios no menos tristes e insignificantes. Tan insignificantes y tristes como la magra figurilla morena en que Dios vaciara esta alma. Bien deseó ella trasladarse a algún distrito más importante que estos que le tocaran hasta entonces, ojalá a la escuela de la villa, donde había hasta quinto grado y libros buenos en que poder estudiar. Además, así podría ganar más; con lo que ganaba apenas les alcanzaba para medio vivir. Pero jamás otra persona que no fuera su madre, se interesó por ella. Los señores inspectores que velaban por el orden de las escuelas en que trabajaba, eran gentes demasiado preocupadas en los trascendentales problemas de la instrucción, para fijarse en la pobre muchacha que les hablaba con voz humilde. Además, como era muy tímida, en cuanto uno de estos señores asomaba a la puerta de su aula, perdía el dominio sobre sí misma y no lograba formular una sola pregunta sensata, lo cual hacía que no se la viera con buenos ojos. Nunca consiguió que le dieran otro grado que el primero. ¡Doce años de enseñar a leer mocosillos! Algunas de sus primeras discípulas ya se habían casado.

Era desolador oír su voz en los mediodías, cuando el sol quema y cantan las cigarras, emitir sonidos haciendo coro con los niños: p-a-l-a pa-la pala.

Desgraciadamente tenía un espíritu melancólico e inconforme que se intensificaba cada vez más. Cuando emprendía por las mañanas el camino del pueblo en que era maestra, y veía los potreros tan frescos y verdes por las continuas lluvias, los paredones y las hondonadas vestidas de flores y aspiraba el olor enervante de la tierra mojada, le invadía

un gran deseo de echarse a la vera del camino y dormir y nunca despertar. Pensaba sin alegría, más bien con desgano, en la parvada de chiquillos sucios y anémicos que la esperaban en aquella pieza de piso de tierra, de paredes enjalbegadas, en las que la capa de cal se hendía y se caía a pedazos. Por la puerta abierta, veía todo el día el patio de la casa vecina, con su gran cerda negra revolcándose en los charcos y los alborotos y luchas de las gallinas, cada vez que les arrojaban algún desperdicio.

Y cuando por la tarde regresaba a su casa, bajo los aguaceros o entre la neblina y miraba los árboles tan quietos y como si los agobiara un pensamiento doloroso, volvía a sentir el anhelo de doblar las rodillas, y quedarse tendida bajo el cielo gris erizado de lluvia. La esperaba la madre con la comida, que en los últimos tiempos se hiciera más escasa porque así lo exigía el sueldo disminuido con lo de las célebres *tercerillas*.

La madre era una mujer parecida a la hija, que hablaba con voz doliente, caminaba arrastrándose y cada rato suspiraba un: «¡Ay, Jesús mío!»

Comían en silencio y después se iban a la salita de paredes ahumadas y de vigas ennegrecidas. Prendiase la pequeña lámpara que dejaba oscuros los rincones; Albina cosía o leía en la penumbra, la anciana desgranaba su rosario y de rato en rato suspiraba: «¡Ay! Jesús mío!» A menudo Albina se quedaba con la aguja en el aire o dejaba caer el libro en el regazo y pensaba. ¡Qué triste es todo! ¿Por qué no nos envía Dios la muerte a mi madre y a mí? Después se acostaban. Muchas veces antes de dormirse, lloraba. Las lágrimas primero humedecían sus labios y después su almohada. Los domingos iba a misa. Sentía lástima de sí misma al encontrarse vistiéndose su mejor traje y pasándose una capa de polvos de arroz sobre el rostro pálido y desteñido, ante el espejito que colgaba junto a su cama. A la salida conversaba un rato con las compañeras de profesión en un banco de la plaza, bajo los árboles, pero pronto se quedaba silenciosa. ¿Acaso ella tenía algún dulce secreto que confiarles? Alejábase lentamente, dejando tras sí la alegría que salía en las carcajadas y palabras de las bocas juveniles de sus compañeras.

Una mañana sintióse enferma y no pudo ir a la escuela. Al cabo de unos días tuvo que ser trasladada en carreta a la ciudad para que la examinara el médico. Salió del pueblo en un pesado mediodía de Octubre, cuando las campanas tocaban el Angelus. Estaba muy débil e iba tendida sobre el colchón en el fondo de la carreta. Al pasar por la plaza, una vaca bramó quejumbrosa: la madre se estremeció y la miró con temor y ella pensó sonriendo casi con alegría: ¿Iré a morir? El médico la encontró muy mal y les aconsejó que buscaran en la ciudad donde alojarse, para poder atenderla mejor. Tuvieron que pedir hospitalidad en casa de unos antiguos vecinos, dueños de una *pulperia*. La acomodaron en el cuarto que hacía de bodega, lleno de cajones y canastos. De noche lo alumbraban con una candela que se colocaba en el suelo para que la luz no la molestara y el cuarto se llenaba de sombras temblorosas. El oído ocioso de la enferma seguía todos los ruidos de la tienda. De día no perdía el continuo entrar y salir, pidiendo ya un diez de manteca, ya un cinco de arroz, un cinco de plátanos, y de noche, un cinco de candelas, un cinco de pan. A veces alguien rasgueaba una guitarrá y sus vibraciones melancólicas se le metían en el corazón.

Como la enfermedad no cedía, hubo que llavarla al Hospital de San Juan de Dios. Los dueños de la casa tenían buena voluntad, pero los tiempos estaban malos. Fué conducida allí, una mañana de temporal. Encontrábase humillada, pero no lloraba. Un dolor seco le atormentaba el pensamiento. Por fortuna le tocó un lecho que ocupaba un rincón cerca de una ventana, donde se creía más al abrigo de las curiosas miradas. La habitación estaba llena de una claridad gris que daba frío, y los rostros de las enfermas parecían lívidos bajo el rojo cobertor. A través de los cristales de la ventana vió las ramas de un árbol que goteaban.

Hubo que hacerle en el estómago, una operación quirúrgica muy seria. Una semana pasó Albina entre la vida y la muerte. Hubo días en que no conoció ni a su madre.

Pero una mañana despertó completamente despejada.

El sol entraba por la ventana abierta y hacía un reguero de oro sobre su lecho. Un moscardón vibraba entre las ramas florecidas del árbol y los comemaíces se esponjaban y saltaban confanzudos sobre el alféizar.

¿Fué la gran debilidad que corría por sus venas, la que la hizo cerrar los ojos, como pesarosa de ver de nuevo esta profusión de luz y de vida que le llegaba del exterior?

El siguiente era día de entrada. Vinieron a visitarla maestros del pueblo en que vivía, entre ellos una muchacha, casi una niña, con las mejillas color de rosa rodeadas de una aureola de cabellos rubios y una boca roja que más bien era un pedacito de risa, y el director de la escuela de la villa, muy joven y muy simpático, juguetón como un chiquillo, siempre con una palabra bondadosa lista en los labios. Ella le traía unas flores que esparció sobre el lecho y él le apretó una mano cariñosamente y le acarició con ingenuidad los cabellos.

Durante todo el día Albina sintió el corazón más ligero y cuando contemplaba los pétalos esparcidos sobre su lecho y recordaba la ternura de su compañero, sonreía con dulzura.

La tarde fué bella. Las sombras ya habían invadido la sala, pero Albina todavía podía ver por la ventana, un trozo de cielo iluminado. Un celaje rosa se encendió y en uno de sus extremos prendió sus inquietudes una estrella. Albina recordó entonces con más intensidad, la caricia ingenua que en aquella mañana dejara sobre sus cabellos el bondadoso muchacho, cuyos ojos tenían una mirada que pasaba sobre el corazón dejando la sensación del terciopelo. ... Y sintió pena al recordar también, que al verlo salir de la sala en compañía de la maestra de mejillas frescas y boca riante, una de las enfermas había exclamado: «¡Qué bonita pareja! ¿Son novios?».

¡Ah! ¿por qué en su juventud que se acababa, no se prendió un amor como aquella estrella en el celaje que diluía su color rosa en el crepúsculo? . . .

Ocultó la cara entre la almohada para ahogar los sollozos.

Sentada en el borde de su lecho, con el pequeño lío que encerraba sus haberes, al lado, Albina esperaba a su madre que debía venir por ella para volver otra vez a casa. No

parecía contenta y escuchaba distraída las frases de sus compañeras que la envidiaban.

Entró una visita. Era una muchacha también maestra a quien en días pasados extrajeran en el Hospital un tumor. En ese salón había sido atendida y así se hallaba como en su casa. Era una de esas criaturas de edad indefinible, de piel terrosa, muy fea y vestida con su traje de dominguear, pasado de moda. Saludó a las antiguas conocidas, hizo carantoñas a la hermana y se puso a hablar con delectación de su tumor.

¿Albina no había visto aún su tumor? Los médicos lo guardaron en alcohol. Era del tamaño de una toronja. Juana e Inés sí lo conocían. Inés lo vió dos veces. Y miró a Juana y a Inés complacida, deteniendo sus miradas en Inés como si el haberlo tenido esta mujer ante los ojos más veces fuera una gran prueba de cariño hacia ella. Luego añadió con una alegría casi infantil que ella lo había visto ya cinco veces.

Escuchándola, Albina sentíase más desolada.

La madre entró arrastrando los pies. Albina se despidió y salió de la sala apoyada en la anciana que suspiraba su: «¡Ay Jesús mío!»

Era una mañana radiante, con un cielo muy azul. Los jardines del hospital estaban llenos de flores y sobre ellos, como chispas vibrantes, zumbaban enjambres de abejas amarillas. Los corredores estaban poblados de enfermos, cuya miseria física parecía más triste en aquella brillante mañana.

Cuando llegó a la puerta, Albina vió la gran plaza llena de chiquillos que jugaban. La visión del camino que iba a emprender, la visión de su vida futura, tan semejante a la ahumada salita de su casa alumbrada por las noches con aquella lamparilla de luz amarillenta, queapestaba a canfi y dejaba los rincones metidos en la sombra que su pobre madre aprovechaba para cabecear y lanzar sus dolientes ¡Ay Jesús mío!, se apareció en su imaginación. Las rodillas le flaquearon y se dejó caer en la grada mientras murmuraba con su voz sin esperanzas: «¿Para qué?»